

El lado oscuro de la fuerza



Stéphane Mallarmé. Grabado posterior a la fotografía de Nadar. (Fotografía: Nadar / Hulton Archive / Getty Images)

Rafael Toriz

HASTA HACE POCO, ANTES DE QUE EL DEBATE sobre literatura se ciñera al prosaico imperio de la narrativa ficcional, era cosa común —y de provecho— encontrar en el ensayo sobre la composición poética distintas aristas del conocimiento literario; no un saber regulado por el rigor científico, sino aquella verdad a la que conduce la experiencia sensible.

Ensayistas tan diversos —y a la vez complementarios— como Octavio Paz, Yves Bonnefoy, Luis Cardoza y Aragón o María Zambrano demostraron que cuando un poeta piensa canta.

Stéphane Mallarmé (1842-1898), más que un poeta, fue el constructor de una poética en obra negra, inconclusa por naturaleza. Fue él, mediante la cosmogonía de un poema, quien instauró un sentido del que habrían de nutrirse todas las vanguardias del siglo xx (Samuel Beckett, John Cage y Haroldo Campos, entre otros, son herederos de su arte). Con su legendario poema “Una tirada de dados”, instante neurálgico de occidente, no sólo abrió el horizonte ante una época marcada por la ausencia de absolutos, sino que sentó las bases para construir un pensamiento literario desde el vértigo, en un mundo profano donde sólo prevalece el hombre enfrentado a su minúscula humanidad.

Probablemente nadie como Maurice Blanchot haya entendido y extendido el legado mallarmeano, que es la destrucción creadora como base de una literatura negativa. Experiencia que alumbra, como un antorcha, pero consume a quien la porta.

Stéphane Mallarmé
Obra poética
Trad. Miguel Espejo
Buenos Aires, Ediciones Colihue
2013, 424 pp.



La publicación de la *Obra poética* del patriarca del simbolismo por Ediciones Colihue —en la vigorosa traducción de Miguel Espejo— permite traer a la mesa algunos de los aspectos más interesantes de la poesía moderna, aquella que, “como prosodia y escritura”, según Octavio Paz, “se inicia con el verso libre y el poema en prosa”. Por ello mismo es importante aquilatar la aparición de este libro, puesto que nadie que intente escribir y pensar desde el presente puede pasar por alto el descubrimiento del poeta: la ausencia de la obra y el silencio como parte de la obra misma.

Y es que al concebir el silencio como una parte constitutiva de la escritura creativa, Stéphane Mallarmé funda un lenguaje acaso más importante que el verbal: el del silencio filosófico. Sus obras, como sostiene Maurice Blanchot en *El libro que vendrá*, “son para quien sabe penetrar en ella(s), una rica morada del silencio, una defensa firme y una muralla alta contra esa inmensidad hablante que se dirige a nosotros apartándonos de nosotros”.

En una frase famosa, Mallarmé sentenciaba: “he creado mi obra sólo por eliminación y toda verdad adquirida sólo nacía de la pérdida de una impresión que, al brillar, se había consumido y me permitía, merced a sus tinieblas desprendidas, avanzar más profundamente en la sensación de las Tinieblas Absolutas. *La Destrucción fue mi Beatriz*”. Es a partir de esta conciencia de lo perdido, del fragmento y el escombros, que el poeta podrá aspirar a recrear sentido. Una dirección plural en donde la especulación metafísica y su expresión puedan resolverse en el poema, o más aún, en un improbable y elusivo *Libro del universo*.

De acuerdo con Miguel Espejo, en el estudio introductorio, “el Libro de Mallarmé es la ambigüedad misma, donde el lenguaje avanza hasta su máximo

esplendor con el único objetivo de confesar su impotencia... Cuando la palabra poética estaba sostenida por el más allá, por lo sagrado, por el sacrificio... el lenguaje era todavía una herramienta natural”. Ahora, cuando sólo quedan restos de totalidades perdidas, el lenguaje es una experiencia envilecida y reina una total incertidumbre, acaso sea posible, mediante jirones y retazos, de citas y fragmentos, experimentar el mundo en sus esquirlas. Es por medio de la poesía —esa metafísica de artista— que se puede asegurar que toda filosofía futura será poética o no será.

De ahí la brillantez del legado mallarmeano, puesto que pensar un acercamiento a la literatura desde este espectro obliga a entrever todo libro como un proceso inacabado, cimientos de una casa que habrán de perfeccionarse en el trabajo continuo y permanente, sólo para aspirar a la demolición de su completa arquitectura. “Todo lo que de concluso y acabado pretendan tener los libros —escribió Hans Blumenberg— es, ya por la forma que reviste su pretensión, una falsedad”.

Pocas veces en la historia de la literatura una obra de carácter negativo pudo inspirar tantos caminos, plenos de ramificaciones. Con la finalidad de escribir el libro que contuviera la realidad del mundo y el sentido del lenguaje, Mallarmé terminó reescribiendo una parte del universo (nada estimula tanto la elocuencia como la presencia del silencio).

Gracias a la obra poética de Mallarmé, que se resuelve en una idea y el contorno de su ausencia, es posible coincidir con Cardoza y Aragón cuando dijo con lumbrería imperecedera: “la poesía es la única prueba concreta de la existencia del hombre”. 